


Editorial

Universidad, ciencia y ¿pospandemia?

GASTÓN JULIÁN GIL*

Esta revista surgió en un contexto tan particular y repleto de desafíos analíticos que no sólo no están lejos de agotarse sino que además cada día se incorporan nuevos dilemas, problemas y núcleos controversiales de singular densidad. El segundo número de *Aiken. Revista de Ciencias Sociales y de la Salud* nos encuentra ante la esperanza de estar atravesando el segmento final de la pandemia, puesta en suspenso ante cada anuncio global (y catastrofista) de una nueva variante del virus. La demorada pospandemia obligará además a formular una revisión más distanciada de los procesos que afectaron a todo el planeta, con mayor o menor intensidad. Luego de una vertiginosa y global campaña de vacunación y con amplias franjas de la población mundial con inmunidad adquirida, las restricciones severas siguen siendo un fantasma que sobrevuela las expectativas de las personas en casi cualquier lugar del planeta. Incluso en la Argentina, que respiraba a mediados del mes de diciembre de 2021 en medio de números bajísimos de infecciones y mortalidad por COVID-19, tampoco era posible aventurar escenarios sobre bases sólidas. La pandemia no ha sido precisamente un tiempo favorable a las predicciones aunque sí para los “expertos” que las formularon y lo siguen haciendo con absoluta impunidad. Una de las últimas agentes de destrucción, la “variante Delta” ya fue superada por nueva amenaza global, la “Ómicron”. Incluso, algunos más aventurados no sienten pudor en profetizar próximas pandemias más letales para la humanidad. Sin embargo, la incertidumbre por una eventual ola de casos, internaciones y muertes aún está lejos de estar justificada por la evidencia actual. Pero lo que está claro es esa rígida desconfianza en la inmunidad adaptativa y la eficacia de las vacunas que además ha decidido ignorar las cada vez más evidentes consecuencias catastróficas sobre la salud colectiva de los confinamientos, desde la profundización de las inequidades hasta el deterioro de la salud mental en los diferentes segmentos etarios. En ese sentido, la comparación con la película *Good Bye Lenin!* (Wolfgang Becker, 2003) suena bastante apropiada para pensar a los “expertos” lanzando sus premoniciones, admoniciones, concientizaciones, sermones y ominosas advertencias desde que la fama repentina los alcanzó en marzo de 2020 y sus singulares concepciones de salud se adueñaron del sentido común de la población y, sobre todo, de los actores hegemónicos de la política mundial y sus burocracias sanitarias. Como aquella mujer que recuperó el conocimiento después de la Caída del Muro de Berlín en 1989 y que seguía aferrada a los preceptos del régimen de la ya extinta Alemania Oriental, esos “expertos” y los medios de comunicación que disfrutaban cobijándolos, no consiguen abandonar sus veleidades proféticas y hasta un cierto regodeo ante “rebrotos”, nuevas

* Investigador Independiente del CONICET. Profesor titular regular de Antropología y Director del Centro de Estudios Sociales y de la Salud (CESyS), Facultad de Ciencias de la Salud y Trabajo Social, Universidad Nacional de Mar del Plata. E-mail: gasgil@mdp.edu.ar  orcid.org/0000-0002-8112-2119

restricciones como las impuestas por algunos países de Europa Central, la implementación de “pases sanitarios” o los campos de confinamiento en Australia.

Por supuesto, seguimos asistiendo a un espectáculo mundializado en el que mandatarios políticos (incluso los autopercebidos como “progresistas”), en complicidad con sus burocracias sanitarias, se siguen dedicando a violar garantías individuales tan elementales como el derecho a regresar al propio hogar. El drama humanitario de los “varados” cuyo capítulo local debería escribirse y documentarse, constituye una narrativa digna de inscribirse como un capítulo adicional de *Historia Universal de Infamia*, de Jorge Luis Borges. Esos protocolos diseñados por los mismos “expertos” ya han invadido todo lo que tienen a su alcance, mientras la vida cotidiana recupera, a fuerza de sentido común y las necesidades más elementales de subsistencia, una cierta normalidad prepandemia. Pero la implícita, estrafularia e imposible persecución de “erradicar el virus” sigue dominando la racionalidad cotidiana de mandatarios y burócratas sanitarios todavía embriagados de poder y de notoriedad a partir de una herramienta siempre efectiva: la manipulación del miedo. Lejos de cualquier teoría conspirativa, es por demás notable cómo para no pocas corporaciones (empresariales, políticas, sindicales, profesionales) y actores puntuales la pandemia fue una excelente oportunidad. El modelo de encierro de la población sana implementado en Wuhan prendió como reguero de pólvora en un mundo occidental que se postró ante el pánico y una sobrecarga emocional que encontró múltiples eslabones para reproducirse a escala global. Desde aquel marzo de 2020, predominan los humanos temerosos de otros humanos, aterrados por las profecías de aprendices de hechicería que alteran los parámetros de evaluación con una plasticidad asombrosa. Una vez más, el mecanismo de la víctima propiciatoria admirablemente analizado por René Girard (1988) muestra su eficacia para comprender cómo las sociedades son capaces de encontrar destinatarios puntuales hacia quienes proyectar toda su ansiedad y hostilidad. Primero los “no esenciales” fueron sacrificados al altar de la salud colectiva y “salvar vidas”. Paulatinamente, cuando los confinamientos extremos colisionaron contra la viabilidad económica de mantenerlos -y sobre todo su ineffectividad para “derrotar” al virus- algunos estados optaron por cerrar lo único que podían cerrar: la administración pública y el sistema educativo. Es así que principalmente los niños y los jóvenes pasaron a ser la variable de ajuste de la ritualización ineficaz de las políticas de cuidado. El caso de las universidades cerradas o semivacías mientras se disputaba un Boca-River con “aforo” completo constituye una muestra cabal de las severas contradicciones de esta clase de políticas sanitarias que atentan contra cualquier sentido integral del bienestar de las personas, contra su dignidad y sus libertades, sin por ello poder acreditar que de esa manera se evitaron muertes. Sin embargo, el sacrificio a gran escala de los “sanos” todavía se mantiene como un horizonte que se seguirá pagando por mucho tiempo. De aquellas “dos semanas” para “aplanar la curva” hasta las profecías apocalípticas por la variante “ómicron” y ahora la exigencia de los “pases sanitarios”, los contratos de la vida colectiva siguen suspendidos mientras las consecuencias (económicas, educativas, sanitarias, etc.) de semejante experimento global se seguirán pagando por décadas.

En ese marco, las dimensiones rituales del cuidado se han mantenido casi inalterables pese a las contradicciones constantes en su implementación y lo onerosas que siguen siendo para quienes deben cumplirlas de modo periódico. Su lógica es análoga a esos dispositivos policiales que se montan en las avenidas de las ciudades, por ejemplo en los lugares turísticos en fines de semana largo, para controlar documentación vehicular. No hay aquí nada novedoso, sobre todo en el ámbito de la salud. En una de sus últimas e imprescindibles publicaciones, Howard Becker relata la investigación que, en términos autoetnográficos, Roth (1957) realizó desde su cama de hospital sobre esta ritualización de los cuidados. En aquel texto, Roth describió un clima de absoluta incertidumbre que creaban las condiciones para la ejecución de “procedimientos ritualizados que a menudo dependen más de la conveniencia y la facilidad de su aplicación que de probabilidades racionalmente deducidas” (Becker, 2018: 242). Y sobre todo que los actores de mayores responsabilidades en la jerarquía hospitalaria son los que más infringen las reglas fijadas

por ellos mismos. Al denominar como “mágicas” e “irracionales” a esas reglas hospitalarias demostró que gran parte de los procedimientos carecen de fundamentos racionales. O, agregaría, la racionalidad de esos “protocolos” responde en realidad a otras lógicas que las del cuidado.

Durante esta pandemia, la utilización de tres artefactos, el tapabocas, el alcohol en gel y el medidor de temperatura, constituyen una muestra evidente y cotidiana de esa ritualización del cuidado y las contradicciones en la forma en que son implementadas en restaurantes y establecimientos educativos, entre muchos otros ejemplos posibles. La sucesión interminable de tests PCR a los viajeros con esquema de vacunación completo, eventualmente con un período de reclusión forzada confluyen en una ritualización del control que sólo ha conseguido teatralizar el cuidado a extremos que superan lo kafkiano. En esa misma sintonía fluyen declaraciones de “expertos” europeos (como un ex-ministro español) que declaran la necesidad moral de “hacerle la vida imposible a los no vacunados” luego de reconocer que el pase sanitario tampoco generaría una mejora significativa de la “situación epidemiológica”. Por ello, todavía es una incógnita si volverá a imponerse la criminalización de la vida cotidiana con la proliferación de rótulos estrafalarios, tales como “esenciales”, “reunión familiar clandestina” o “violación de cuarentena”. Y mientras escribo estas líneas, los protocolos (otra categoría que perforó el sentido común) parecen ceder a otras terminologías situadas, como los “aforos”. A ello debe agregársele una densa jerga que combinó tristes metáforas bélicas (“guerra contra el virus”, “primera línea de batalla”), recursos publicitarios cargados de golpes bajos e información sesgada, junto con una terminología “científica” sin sustento claro, como la mencionada “situación epidemiológica”, “circulación viral”, hasta penetrar el discurso cotidiano sin un mínimo de distancia crítica. En este marco de creatividad lingüística la pandemia sigue siendo un festival de hombres de paja (como el “negacionismo” o los “movimientos antivacunas” en la Argentina), tomados por supuesto por una buena parte de la academia tan proclive a abrazar con pasión las agendas y las categorías de análisis de la política partidaria. Más allá de la existencia de posiciones antivacunas con mayor o menor capacidad de organización no se ha accedido a datos que muestren un impacto significativo en el proceso de vacunación en la Argentina. Al cerrar el 2021, el 70% de la población argentina accedió al “esquema completo” de vacunación, mientras que los adultos y, sobre todo, los grupos de riesgo evidencian cifras que hasta superan el 90% en diferentes segmentos etarios, con excepción de las franjas más jóvenes. Por supuesto, estas posiciones antivacunas constituyen un tema relevante para ser investigado desde distintas aristas pero de ningún modo si se utilizan como un rótulo para simplificar los comportamientos y actitudes frente a las incertidumbres y desafíos que se plantearon en una campaña de vacunación inédita en la historia de la humanidad desde cualquier enfoque y punto de vista.

La universidad y la pandemia

Las restricciones pandémicas siguen impactando en la academia y, en particular, en la vida universitaria. Tras dos años de una universidad de baja intensidad, el desafío de refrendar los contratos más elementales de nuestra labor cotidiana aparece como un horizonte, al menos, posible. Luego de mucha insistencia, hay quienes hemos podido recuperar recientemente la presencialidad para reencontrarnos con algunas de nuestras rutinas. Por supuesto, lo hemos hecho luego de que se habilitaran las discotecas y hasta el público con “aforo” completo en el fútbol. Todo ello ocurrió con la pasividad (por no decir complicidad) de un campo académico entregado a la agenda y a las prioridades gubernamentales. Las burocracias y los cuerpos gobernantes de las universidades abandonaron cualquier acción disruptiva, entregados a la comodidad de la virtualidad. Otro tanto para las militancias estudiantiles que avalaron con su silencio el sacrificio de niños y jóvenes al altar de la biblia infectológica. Pero todavía falta un complejo camino por recorrer. Mientras escribo estas líneas, el órgano de cogobierno de una tradicional facultad pública de medicina de la Argentina exhortó al gobierno para que estableciera más restricciones e

implementara medidas que eviten el “relajamiento social”. Hasta se permitió proponer la exigencia (antes de su efectiva implementación) de un pasaporte sanitario para mayores de trece años, mientras continuaban suspendidas las clases presenciales en esa unidad académica.

La pandemia también llegó en un momento singular de los campos académicos y culturales de Occidente. Ese clima intelectual que emana desde los principales centros de difusión global (Estados Unidos y Europa) promueve tendencias y movimientos que no parecen estar colaborando para un clima de mayor tolerancia y comprensión de la diversidad. La cultura de la cancelación, los movimientos *woke* y, en menor medida, la crítica de la “apropiación cultural”, están propiciando tiempos en lo que las causas nobles sirven para cristalizar posiciones autoritarias, moralistas y violentas. En efecto, amparados en críticas a fenómenos como el racismo, el etnocentrismo o el machismo, asistimos a un mundo en el que un conjunto de actores se asume con el deber moral de derribar estatuas, retirar pinturas de los museos, prohibir autores clásicos, elaborar “listas negras” (*cancelar*, en sus propios términos) de artistas y académicos contemporáneos, modificar el idioma y hasta quemar libros, como llegó a ocurrir en Canadá. Los dos últimos ejemplos nos llevan inevitablemente a dos de las grandes distopías futuristas de la literatura del siglo XX, *1984* de George Orwell y *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury. Así es que los riesgos de un nuevo moralismo y puritanismo recubierto de una autoinvocación progresista y liberadora están llevando directamente a episodios de censura (y sobre todo autocensura) y de represión de prácticas tan antiguas y revolucionarias como el humor, precisamente por su carácter irreverente y “políticamente incorrecto”. Algunas imposturas que están ampliamente difundidas buscan proyectar una superioridad moral frente a aquellos otros “privilegiados” que no siguen el mismo camino. Si la forma de luchar contra los prejuicios es con solemnidad, violencia, anacronismo, puritanismo, extrema victimización y una exacerbación de los conflictos y los antagonismos, los resultados seguramente no serán los deseados. Si la agenda pública está liderada por grupos proclives a ofenderse hasta por el chiste más inofensivo, toda la sociedad pierde, porque se retrae, se autocensura y el miedo se impone para evitar cualquier posible condena por cosas que ni siquiera se han dicho. Lo que algunos llaman “tiranía de la ofensa” no está construyendo un mundo más interesante y desafiante, con más libertad y, por ende, mejor.

En ese marco, no sorprende que la vocación crítica de los campos culturales y académicos esté cada vez más postrada ante la comodidad de la rebeldía módica, la autocomplacencia y la reproducción de lo “correcto”, siempre en términos Becker (2008). Aquella “orden” de guardar los libros de Foucault cuando se decretaron los confinamientos, o la mirada “crítica” sobre la industria farmacéutica reducida a la reproducción del insólito rumor del pedido de “glaciares por vacunas”, o la invención de un peligroso movimiento antivacunas, son una de las tantas muestras de los efectos devastadores de la pandemia sobre la academia.

La continuidad del proyecto en tiempos de pandemia

Aiken se enfrenta a su segundo año de existencia que será clave para concretar el crecimiento programado desde que fue concebida. Este segundo número presenta un conjunto de artículos que vuelve a reflejar el espíritu que desembocó en el lanzamiento de estas y otras apuestas académicas y editoriales. El pluralismo, el rigor, la vocación crítica y la tolerancia son algunos de esos preceptos que soñamos transmitir más allá de la apreciación situada de cada una de las contribuciones, desde estas modestas editoriales a las reseñas de libros, las traducciones y los articulados arbitrados. Estamos agradecidos a muchos colegas que nos han alentado antes, durante y luego de la publicación del primer número. Algunos de ellos participan formalmente de la gestión de la revista, pero también quienes tal vez se integren -o no- en el futuro han sido un poderoso impulso desde sus respectivos lugares, como autores, revisores, críticos calificados, entre muchas otras funciones puntuales. Así es que nos aventuramos a un 2022 con la posibilidad de lanzar dossiers y números especiales que amplíen las opciones hasta hoy disponibles en la revista. Esas y otras acciones nos permitirán una mayor difusión y presencia en la academia sobre

todo porque seguimos con la convicción de que *Aiken* es un espacio singular que ofrece opciones no demasiado visibles para quienes abordan, desde las ciencias sociales y humanas, temáticas y problemáticas vinculadas con la salud colectiva.

En este número, el paper de Erikson “¿Futuros de la salud global? Considerando el bono pandémico” es un abordaje innovador que atraviesa diferentes dimensiones analíticas de relieve. Además de las implicancias para el campo de la salud global y los desafíos ante la eventualidad de nuevas epidemias y pandemias, es todo un tratado sobre el capitalismo contemporáneo. Esta nueva y esforzada traducción de María Florencia Incaugarat nos enfrenta a las características, efectos y posibilidades de un dispositivo financiero (el “bono pandémico”) que plantea desafíos de orden analítico, pragmático y moral. Al calificarlo como un “presagio del futuro financiamiento de la salud mundial” (p. 66), Erikson nos lleva a una antropología de exploración de los escenarios globales, de escritura sobre los mundos futuros (Hannerz, 2016) en los que las “nuevas economías éticas de ayuda sanitaria global” constituyen un caso que reconfigura y pone en cuestión las concepciones de salud pública, salud colectiva y acción estatal, entre muchas otras. Ese “reconocimiento” de “dónde estamos y hacia dónde vamos” no es concretado desde un autopoicionamiento de superioridad moral e ideológica sino que la autora se permite la “sencilla” tarea de intentar comprender la complejidad del proceso y sus consecuencias para nuestra contemporaneidad. Por eso, las preguntas que se formula sobre el dispositivo analizado son las pertinentes, más allá del propio deseo del investigador: “¿qué organiza y con qué lógicas?”, como también las relaciones que propicia, es decir “¿qué une?”, qué consigue reproducir y “¿qué tipo de relaciones se fortalecen o cuáles se desechan?”. Y de allí que si la intervención sobre los rumbos que toma el capitalismo financiero en materia de salud colectiva figura entre los horizontes de expectativa, la comprensión de estos dispositivos es lo que habilita a preguntarnos “¿Qué queremos hacer al respecto?” (p. 66). En definitiva, el artículo nos retrotrae a un viejo problema de los organismos y burocracias trasnacionales como el Banco Mundial que nunca terminan de resolver por completo: la implementación de ideas “bien intencionadas”. En efecto, al menos desde los proyectos modernizadores al calor del optimismo desarrollista de las décadas de 1950 y 1960 que las intervenciones “desde arriba” encuentran las mismas limitaciones.

Las dos reseñas nos acercan a libros de temáticas y abordajes de suma actualidad. Los conflictos ambientales y el deporte (en este caso el *running*) son dos grandes temas abordados con diferente intensidad y apertura disciplinar en las ciencias sociales. *Toda ecología es política* (de Gabriela Merlinsky) y *Runners. Una Etnografía en una plataforma de entrenamiento de Nike* (de María Nemesia Hijós) son dos excelentes ejemplos de estudios sobre escenarios actuales y que también, como los bonos pandémicos analizados por Erikson, nos aventuran a esos futuros globales de problemas y desafíos comunes pero también de apropiaciones y “soluciones” situadas. Ambos estudios escenifican profundos problemas y problemáticas vinculadas, entre muchos otros ejes, con las identidades, las desigualdades, las políticas públicas y la salud colectiva. Y, sobre todo, constituyen una clara evidencia del papel indispensable que las ciencias sociales tienen para comprender esos procesos, eventualmente como paso previo para eventuales intervenciones.

El artículo de Vanina Papalini es un denso y descarnado relato autoetnográfico a partir del cual se ponen en discusión premisas fundamentales del saber biomédico y también de los saberes populares sobre los alcances de la ciencia en general y la “ciencia” médica en particular. Sin caer en una crítica destructiva y fácil de ese saber biomédico, coloca profundos interrogantes de otro orden. La autora examina entonces, a partir de su propio itinerario como cuidadora, la operacionalización cotidiana de esos preceptos de la biomedicina y sus saberes cada vez hiperespecializados y, por ende, compartimentados. Así es que desarrolla una deconstrucción de la profesión médica para plantear su complejidad, su profundidad y sofisticación pero a la vez sus arbitrariedades, que permiten advertir algunos de los límites a la confianza en sus protocolos y las “verdades” respaldadas por “la ciencia” médica. Y a ello debe agregársele el peso de las

burocracias que producen un padecimiento extra al “estar enfermo”. Por eso, el abordaje autoetnográfico de una pérdida familiar y los padecimientos experimentados como cuidadora de un enfermo terminal demuestran que ese saber hiperespecializado y de alta complejidad ofrece una densa variedad de fisuras que está lejos de ofrecer todas respuestas para la salud y el bienestar de las personas. Y en la misma sintonía, el papel de los cuidadores y la necesidad de consultarlos, ocupan un papel central en la apuesta conjetural en esta desconstrucción de la biomedicina en acción que es toda una etnografía de la ciencia. Y es en ese marco que los cuidados profanos (y sobre todo los cuidadores) y las medicinas “alternativas” que muchas veces son parte constitutiva de la carrera del enfermo, también pueden ofrecer algunas respuestas complementarias con la medicina de alta complejidad.

El artículo “«Practicar yoga, mucho yoga»: autoatención de aflicciones durante la crisis por covid-19” de Ana D’Angelo constituye un abordaje etnográfico del presente (y en tiempos de pandemia) sobre la salud colectiva que combina diversos recursos metodológicos. Los practicantes de yoga y sus limitaciones durante la pandemia le permiten a la autora desafiar los saberes hegemónicos sobre la salud que dominan las racionalidades de los profesionales de la salud, los medios de comunicación y los organismos internacionales. A partir de su trabajo de campo y de la implementación de diversas técnicas de investigación virtual y a distancia, el artículo permite además mostrar, aunque ese no sea su objetivo principal, las limitaciones del sentido común con que se afrontó la pandemia del Covid-19. En efecto, la apropiación del yoga (entre tantas otras posibles) como una técnica de autoatención responde a parámetros trascienden a los habitualmente contemplados en el campo de la salud. Así es que la autora cuestiona las explicaciones “reduccionistas” que no alcanzan a contemplar la dimensión grupal de una práctica que además requiere de conexiones intercorporales y espirituales que sólo pueden comprenderse si se accede a la cotidianidad de los actores y a sus lógicas de representación. En ese sentido, la separación artificial de la salud física y psíquica, como también lo individual de lo social, no hace más que reproducir dualismos del cuerpo y la salud que este texto cuestiona.

El artículo de Paula Estrella, “Intervenciones sanitarias en poblaciones mapuche de San Martín de los Andes, provincia de Neuquén, Patagonia Argentina”, se dirige a un conjunto de ejes problemáticos que condensan gran parte de los alcances potenciales de esta revista. Las políticas públicas, los sistemas de salud, la interculturalidad y los efectos de la biopolítica son algunas de las problemáticas consideradas en esta investigación. Un partido político provincial, las comunidades mapuche, las políticas sanitarias, las identidades étnicas y los “saberes ancestrales” en materia de salud conforman dimensiones analíticas de una etnografía que tiene además la capacidad de poner en escena conflictos de notable actualidad para la academia y para las agenda social y política de la Argentina. Más allá de las interpretaciones de distintos procesos históricos, la descripción pone en escena diferentes escenarios y conflictos que atraviesan no sólo a los sistemas sanitarios (como las tensiones entre lo “público” y lo “privado”) sino también los desafíos incumplidos de las políticas públicas para enfrentar las relaciones de interculturalidad. En este caso puntual, la descripción y exotización de las prácticas y lógicas de los agentes sanitarios constituyen aportes salientes en un marco caracterizado por una homogenización que no es particularmente sensible a la comprensión de las “formas ancestrales de cuidados”. Ello permite demostrar el modo en que suelen producirse profundas disonancias entre los postulados expresados por las políticas públicas estatales (en este caso provinciales) y el efectivo cumplimiento de los derechos enunciados. En las comunidades mapuche ello implica un elemento adicional que es la complementariedad de sus saberes, prácticas y representaciones de la salud con la medicina “occidental”, situación que tampoco es patrimonio exclusivo de los pueblos indígenas. Y aquí otro aspecto sustancial de la investigación es que las concepciones nativas de salud están incorporadas al discurso cotidiano de muchas comunidades como uno de los recursos para plantear sus demandas al estado nacional, en este caso a partir de la asociación entre la salud colectiva y el “reconocimiento territorial”, aspecto clave además para comprender conflictos actuales en Patagonia.

En definitiva, estos tres artículos con referato de este número sintetizan la diversidad y complementariedad de abordajes que transitan y, con seguridad, seguirán transitando las páginas de la revista. Una etnografía “urbana” de nuestros mundos contemporáneos, una autoetnografía y una investigación histórico-antropológica contribuyen a poner en escena esa amplitud temática, disciplina y metodológica que propiciamos. Lo mismo ocurre con los libros reseñados y con la traducción que, en este caso, consiste en el lineamiento editorial más explícito sobre el que ejercemos un relativo y más directo control. Esperamos que una buena parte de la energía emocional (Collins, 2004) desplegada para publicar este nuevo número siga alimentando los distintos eslabones de una cadena de interacción cada vez más densa, ambiciosa e inclusiva.

Mar del Plata, diciembre de 2021

Bibliografía

- Becker, H. (2009). *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Becker, H. (2018). *Datos, pruebas e ideas. Por qué los científicos sociales deberían tomárselos más en serio y aprender de sus errores*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Collins, R. (2004). *Interaction Ritual Chains*. Princeton y Oxford: Princeton University Press.
- Girard, R. (1995). *La violencia y lo sagrado*, Barcelona: Anagrama.
- Hannerz, U. (2016). *Writing Future Worlds. An Anthropologist Explores Global Scenarios*. London: Palgrave Macmillan.
- Roth, J. A. (1957). Ritual and magic in the control of contagion”. *American Sociological Review*, 22(3), 310-314.